Antología del Club de Lectura de la Editorial Universitaria 2023

Dilia Martínez
Editora



Editorial UNAH

Antología del Club de Lectura de la Editorial Universitaria 2023

Antología del Club de Lectura de la Editorial Universitaria 2023

Dilia Martínez
Editora

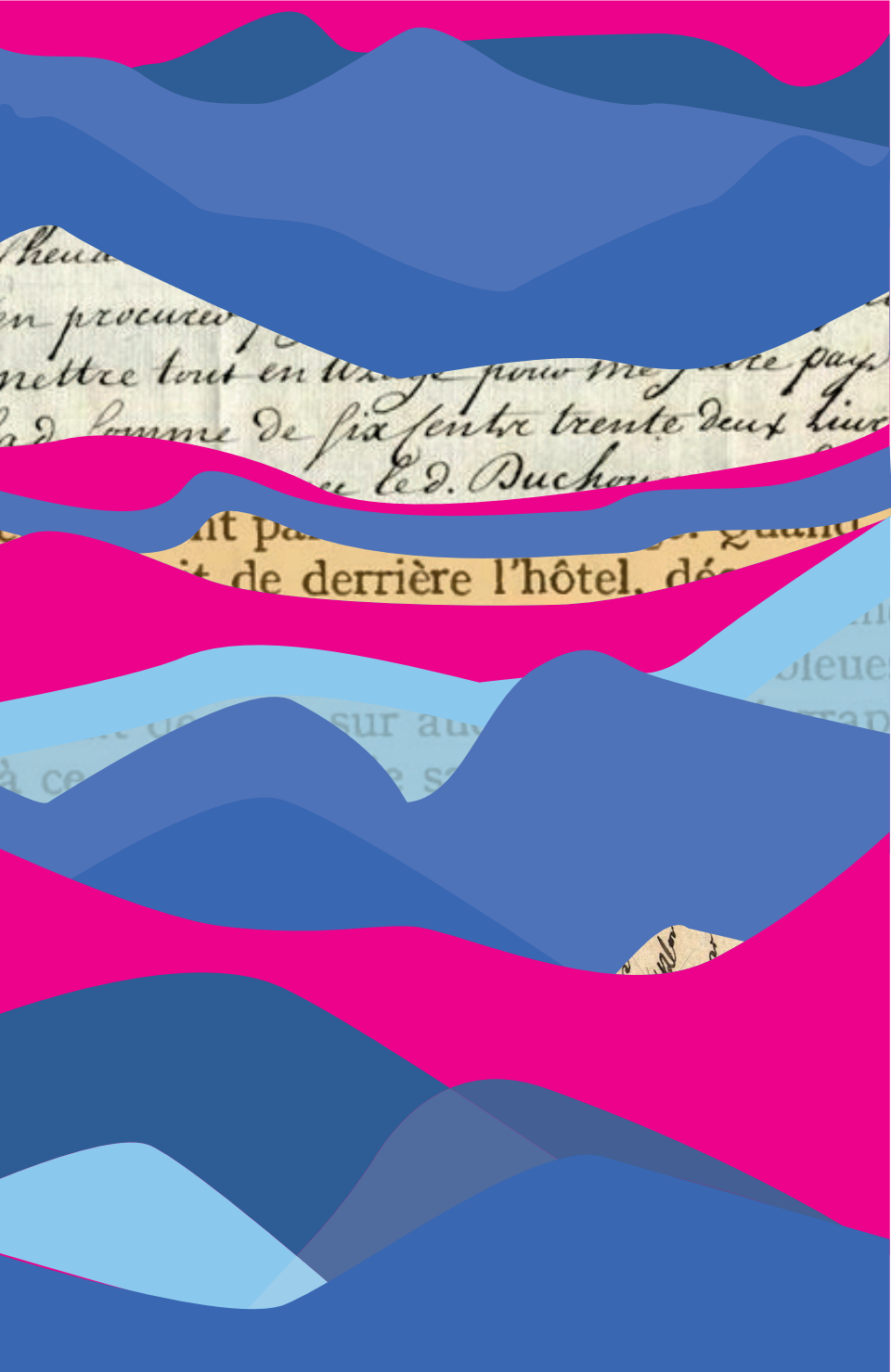


UNAH
UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE HONDURAS



Club de Lectura de la UNAH, de no haber sido parte


B
S
ABC
ABCDE
CLUB
CTURA



Había que ver cómo se hinchó de orgullo cuando le conté que, en la clase de lectura, Cecilia Paim dijo que yo era el que mejor leía. El mejor «lecturero».

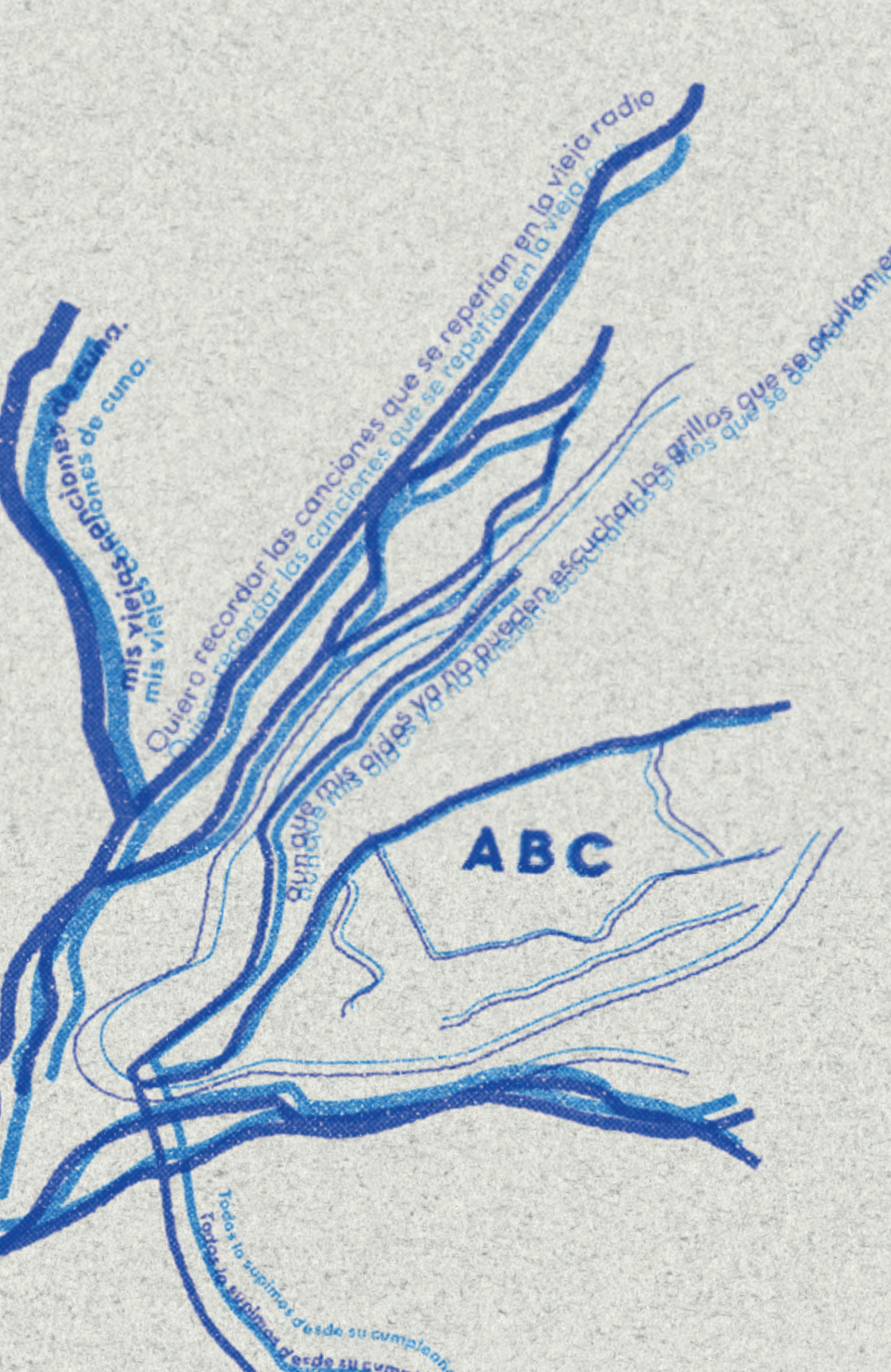
José Mauro de Vasconcelos

La magia está solo en lo que dicen los libros, en cómo cosieron los retazos del universo para formar una sola prenda para nosotros.

Ray Bradbury

Sin los libros, las mejores cosas de nuestro mundo se habrían esfumado en el olvido.

Irene Vallejo


mis viejas canciones de cuna.
mis viejas canciones de cuna.
Quiero recordar las canciones que se repetían en la vieja radio
Quiero recordar las canciones que se repetían en la vieja radio
aunque mis oídos ya no puedan escuchar los grillos que se escuchaban
ABC
Todos lo supimos desde su cumpleaños
Todos lo supimos desde su cumpleaños

Despegue


...el conocimiento se expande y enriquece
...el club me dio amigos lectores y la valentía de escribir sobre ellos
Como lectora de arte escribir sobre literatura

El arte de mediar la lectura

> Mientras se derraman lágrimas para lamentar el déficit de lectura o la muerte del libro, yo puedo anunciarles por lo menos una buena noticia: cuando uno tiene la suerte de acceder a ella, la lectura siempre produce sentido.
>
> Michèle Petit

Dilia Martínez[1]

La aparente —y a la vez hipotética— escasez de lectores en nuestra sociedad suele ser motivo de preocupación, habitualmente para algunos sectores relacionados con el libro que hacen de todo, excepto mediar la lectura. Podrá sonar paradójico, pero utilizo la palabra «hipotética» porque, al trabajar dentro de la cadena del libro, incluso en un país pequeño como Honduras, uno descubre que hay más lectores de los que se suele pensar; la presente publicación es una

[1] Jefa del Departamento de Edición de la Editorial Universitaria. Ha impulsado iniciativas para la mediación de la lectura, como el Club de Lectura de la Academia Hondureña de la Lengua (2021) y el Club de Lectura de la Editorial Universitaria (2023). También ha participado en proyectos de investigación lingüística promovidos por la Real Academia Española, la Academia Hondureña de la Lengua y la Universidad de Montreal.

clara muestra de ello. Esto lo he aprendido desde tres perspectivas: como lectora, como editora y como mediadora de la lectura, tanto antes como después del Club de Lectura de la Editorial Universitaria.

Algo curioso que he descubierto con este club, que se ha desarrollado en el contexto universitario, es que promover este tipo de proyectos no ha beneficiado principalmente a quienes no leían o no tenían el hábito —como pensé al inicio— sino a quienes lo habían perdido o lo tenían abandonado. Por tanto, este espacio se ha convertido en una oportunidad para que muchos retomen ese hábito adquirido en la niñez o la adolescencia. Ha sido una especie de rescate del lector que alguna vez fueron. Esta experiencia me recordó las palabras de Juan Felipe Córdoba, director de la Editorial de la Universidad del Rosario (Colombia), quien, durante un panel entre editores, al reflexionar sobre el éxito del fomento de la lectura en la infancia y la promoción de la literatura infantil, se preguntaba: «¿en qué momento perdemos a esos lectores?».

En los últimos años, otra valiosa lección que también he aprendido, gracias al mundo del libro, es que mediar la lectura es un arte similar al de cocinar. Por ejemplo: si comparamos una receta de cocina con un proyecto de mediación o fomento de la lectura, podemos hacer una analogía en la que, pese a que varios promotores implementen el mismo proyecto, el resultado final dependerá del toque personal que

cada uno le dé, al igual que un cocinero con una receta. Por ello, cada vez que imparto un taller sobre cómo crear un proyecto de mediación lectora, aclaro que no existe una metodología establecida para este tipo de iniciativas. La creatividad del mediador, a mi parecer, siempre será el recurso más importante.

La idea de crear la *Antología del Club de Lectura de la Editorial Universitaria 2023* surgió durante el conversatorio sobre *Los pobres,* de Roberto Sosa, que marcó el cierre de la primera edición del club, en abril de 2023. En medio del diálogo, alguien preguntó cómo los estudiantes podrían ser publicados. Carlos Ordóñez, director de la Editorial Universitaria y quien conducía el conversatorio, sugirió entonces la posibilidad de reunir en una antología los textos de quienes participaban en el club. Aunque la propuesta surgió de manera espontánea, terminó consolidándose en esta publicación que hoy tengo el gusto de presentar y haber editado.

También me parece necesario comentar dos aspectos clave que son el fruto de esta publicación: las lecturas del Club de Lectura de la Editorial Universitaria y el proceso creativo para su diseño editorial. A lo largo del primer y segundo periodo académico de 2023, se trabajó con la lectura y el análisis de una selección de libros pertenecientes a cinco géneros literarios —novela, cuento, poesía, ensayo literario y relato— que abordaron dos principales ejes temáticos.

El primero se centró en problemáticas sociales del contexto latinoamericano, con títulos como *Mi planta de naranja lima,* del autor brasileño José Mauro de Vasconcelos; *De fronteras,* de la escritora salvadoreña Claudia Hernández; *Los pobres,* del poeta hondureño Roberto Sosa; y *Clones. Relatos breves de 2096,* del autor hondureño-argentino Raúl Arechavala. El segundo eje temático reflexionó sobre el libro como objeto y patrimonio cultural, a través de obras como *Fahrenheit 451,* del estadounidense Ray Bradbury, y *El infinito en un junco. La invención de los libros en el mundo antiguo,* de la autora española Irene Vallejo.

Leer y escribir son competencias comunicativas que no siempre se desarrollan al mismo nivel. Lo mismo ocurre con hablar y escuchar. Menciono esto porque, aunque el Club de Lectura de la Editorial Universitaria se impulsó con el propósito de fortalecer la competencia lectora de los participantes, las otras tres —escribir, hablar y escuchar— también se fueron desarrollando con diferentes actividades que se planificaron.

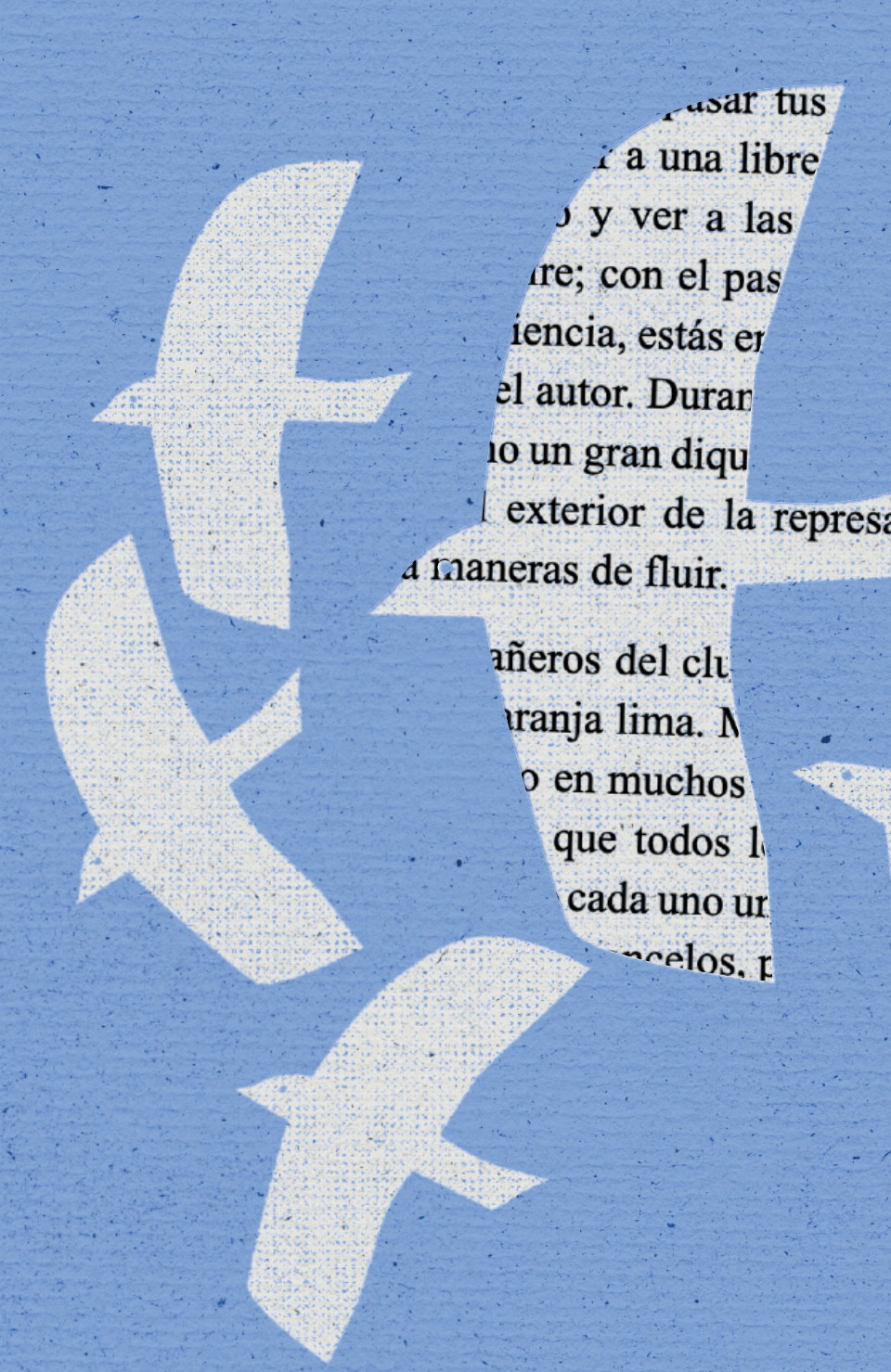
Esta antología no reúne los textos de todos los participantes de las ediciones de 2023; la principal razón es que no todos tienen interés en escribir. Es algo normal y no lo cuestiono. La mayoría de los cuentos y relatos surgieron de una práctica de escritura coordinada por mi colega Antony Varela, quien me ayudó a comprender —a tiempo— la importancia de

no dejar de lado la escritura creativa cuando inicié el proyecto. La práctica consistió en escribir un relato aplicando las mismas estrategias narrativas que utilizó Claudia Hernández en *De fronteras*. Además, sirvió de mucho para que los estudiantes aprendieran a percibir y analizar el tono de la autora a través de su narrativa. Algunos relatos me impresionaron profundamente; en particular, me alegró encontrar un claro ejemplo de intertextualidad hipertextual —textos que dialogan y transforman otros textos, lo que hoy podría considerarse una forma de *fanfiction*, según la mutación que ha adquirido este concepto—, como ocurre con el relato «Hechos de un buen ciudadano. Parte III», de Luis Estrada, incluido en esta antología. El resto de los textos —particularmente las reseñas— se recibieron mediante una invitación directa que se les envió a los estudiantes y a través de una convocatoria para la recepción de manuscritos.

En cuanto al diseño editorial de esta publicación, quiero comentar que, hasta el momento, es la primera vez que participo al cien por ciento en el proceso creativo de concebir el diseño de un libro. Ha sido una experiencia enriquecedora para mí, y agradezco a la diseñadora y artista Daniela Lozano, quien supo entender mis ideas y plasmarlas. El concepto de esta edición gira en torno a la lectura como un viaje. A lo largo de sus páginas, el lector podrá recorrer distintas paradas: «Despegue», que inicia la obra; «Primera

estación», donde se comparten experiencias con la lectura y su mediación; «Viajes literarios», que reúne las reseñas de los seis libros leídos durante 2023 e incluye, además, ilustraciones de los países de origen de sus autores; «Itinerario poético», dedicado a la poesía; y «Conexiones narrativas», un espacio que enlaza los cuentos y relatos.

Con esta obra, la Editorial Universitaria consolida a través del tiempo su papel como una plataforma abierta a la comunidad universitaria y un espacio en constante transformación para dar a conocer sus voces. A la vez, fortalece su compromiso con la difusión del pensamiento crítico, la creatividad y la producción intelectual que se genera dentro de la universidad. Además, inaugura la colección *Bibliomanía*, concebida para aquellas obras que nos llevan a repensar y explorar el mundo del libro, la lectura y la escritura. Me gusta pensar en esta colección como una forma de metaliteratura, intertextualidad e incluso hipertextualidad, ya que invita a reflexionar no solo sobre los textos leídos, sino también sobre el acto de leer, escribir y mediar la lectura, una línea temática que le hacía falta a esta casa editorial.


pasar tus
a una libre
y ver a las
re; con el pas
iencia, estás en
el autor. Durar
no un gran diqu
exterior de la represa
maneras de fluir.
añeros del clu
aranja lima. M
o en muchos
que todos l
cada uno ur
ncelos, p



Primera estación



Tejiendo convivencias literarias: de la participación a la coordinación en el Club de Lectura de la Editorial Universitaria

Amy Paredes[2]

Existe un proverbio africano que resuena con profundidad: «La sabiduría es como un árbol de baobab: nadie puede abarcarla individualmente». Similar a los troncos masivos de los baobabs, los cuales requieren múltiples brazos para rodearlos, el conocimiento se expande y enriquece cuando se comparte y dialoga colectivamente; esta metáfora cobra vida en mi experiencia dentro del Club de Lectura de la Editorial Universitaria.

Durante la primera edición del club, tuve la oportunidad de participar como miembro. Este fue un paso revelador, ya que descubrí cómo la interacción y el intercambio de ideas no solo eran interesantes,

[2] Estudiante de la carrera de Letras con Orientación en Lingüística. Apasionada lectora con un profundo interés en el lenguaje y la comunicación humanos. Como promotora activa de la lectura, ha sido maestra voluntaria en el Instituto Hondureño de Educación por Radio (IHER) y se ha desempeñado como coordinadora y miembro del Club de Lectura de la Editorial Universitaria. Además, ha compartido su conocimiento como tallerista en eventos tales como la Feria Internacional del Libro de SPS.

sino esenciales para una comprensión profunda de las obras que leíamos: desde reflexiones sobre la sociedad latinoamericana hasta la trascendental importancia e impacto de los libros y la lectura en la humanidad.

Poco tiempo después de unirme al club, tomé la decisión de comenzar mi práctica profesional en la Editorial Universitaria Recuerdo cómo en mi primer día de practicante, Dilia me recibió con alegría y compartió su entusiasmo por la oportunidad que se me presentaba: estar nuevamente en el club, pero esta vez como coordinadora.

Admito que la noticia de asumir este nuevo rol me generó nerviosismo, considerando la magnitud de la responsabilidad que conllevaba. Me cuestioné si estaba realmente preparada y a la altura de las expectativas, ya que moderar no solo implicaba hablar, sino también escuchar y guiar las discusiones de manera efectiva. Con el tiempo, descubrí que esta experiencia me daría la oportunidad de sumergirme aún más en la literatura y experimentar un crecimiento personal significativo.

Como moderadora, una de las primeras lecciones que aprendí fue la importancia de la preparación. Más allá de la selección de libros, la programación de reuniones, la creación de grupos de difusión y la planificación de actividades, se volvió crucial investigar y elaborar preguntas y temas de discusión que fueran generales y capaces de fomentar un debate enriquecedor.

Recuerdo vivamente la primera reunión que moderé, en la que caí en el error de formular preguntas demasiado específicas. Esto resultó en la pérdida momentánea de la atención de los miembros y un breve silencio incómodo. Sin embargo, los errores son oportunidades de aprendizaje, y a partir de esto redoblé mis esfuerzos en investigación y preparación. A medida que me sumergía en la lectura, descubría detalles reveladores que no solo revitalizaban las conversaciones, sino que también generaban diálogos más significativos.

También aprendí la importancia y la necesidad de la escucha activa y la anticipación de las diversas perspectivas que surgirían durante las discusiones. Cada miembro del club, a fin de cuentas, aporta su interpretación única, enriqueciendo la comprensión colectiva de las obras. Esta diversidad estimula el pensamiento crítico y fomenta la empatía, alentándonos a considerar puntos de vista diferentes.

La diversidad de perspectivas dentro del club siempre abre un abanico de interpretaciones para cada obra. Cada miembro aporta no solo su bagaje cultural y experiencia de vida, sino también su singular relación con la literatura. Esta amalgama de voces crea un diálogo crítico enriquecedor que va más allá de las páginas de los libros y se convierte en una exploración colectiva de significados y mensajes.

Cabe destacar que la esencia social del club trasciende las reuniones regulares. Los lazos formados a través de la pasión compartida por la lectura se extienden más allá de las discusiones, convirtiéndose en conversaciones continuas que fortalecen los vínculos entre los miembros y crean una red de apoyo en la que caben experiencias personales, sueños y reflexiones.

Por ello, a medida que asumí el papel de coordinadora, me di cuenta de que ser una líder eficaz también implica fomentar un ambiente inclusivo: todos los miembros deben sentirse cómodos expresando sus opiniones, incluso cuando difieren. Cultivar un respeto mutuo y celebrar la diversidad de ideas es esencial. Este enfoque ha creado un espacio donde la discusión fluye libremente y los participantes se sienten alentados a compartir sus pensamientos de manera abierta.

Pero la conexión social del club no se limita a las discusiones de las obras. Las conversaciones se extienden a la vida cotidiana, ya que el club se convierte en un espacio para compartir experiencias personales, sueños y reflexiones. Este sentido de comunidad va más allá de la pasión compartida por la lectura, convirtiéndose en una red de apoyo donde cada miembro se siente valorado y comprendido.

El Club de Lectura de la Editorial Universitaria ha sido un viaje transformador. Desde la participación como miembro hasta asumir el papel de coordinadora, cada etapa ha enriquecido y fortalecido mi conexión

con una comunidad apasionada por la lectura. La diversidad de perspectivas, la construcción de lazos profundos y la búsqueda de nuevos horizontes literarios han convertido esta experiencia un desafío gratificante y una inversión invaluable en el amor duradero por la lectura. Este club no solo es un espacio para explorar la literatura, sino un tejido de conexiones humanas donde la pasión por las palabras une a individuos en un viaje colectivo de descubrimiento y crecimiento.

Aprendiendo a dejar de leer en soledad

Emmanuel Silva[3]

Siempre consideré que leer era una acción de destierro. El mundo literario y el real podían danzar suavemente juntos, pero jamás llegar a anexarse... o quizá era yo quien no quería eso; a fin de cuentas, empecé a leer porque no estaba cómodo en mi realidad, y en la búsqueda de otra, me encontré con mi primer mundo de papel y tinta.

Así como nunca olvidas tu primer beso, nunca olvidas tu primer libro. A mí me besó el alma Gabriel García Márquez, aunque con trece años muy poco entendí: confundía a José Arcadio Buendía con José Arcadio Segundo, y no digamos ya sobre los Aurelianos. Sin embargo, encontré un lugar seguro

[3] Estudiante de las carreras de Enfermería y Letras. Nació en el municipio de Lepaterique del departamento de Francisco Morazán. Hijo menor de una familia numerosa: seis hermanos, siendo el único interesado por el arte de las letras; su amor por la literatura lo convirtió en un amante de estas, a tal punto que no concebía una realidad sin la ficción de sus libros. Publicar algo de su autoría nunca fue un sueño para él; siempre fue una meta.

en Macondo, y me quedé allí hasta ver al último de la estirpe de los Buendía, y así concluyeron esos cien años de soledad que me brindaron un hogar.

Es curioso, luego de Macondo hice turismo interno: Catica, pero la Catica chuña, me llevó a vender tortillas a Los Dolores, donde los cipotes corrían de acá para allá, la mayoría a chuña. Visité tantos lugares —encerrado en mi cuarto o aislado en alguna esquina de mi colegio—, conocí a tantas personas mientras casi nadie me conocía a mí, viví tantas aventuras sin tener a quien contárselas y, sobre todo, viví tanto que, cada vez que alzaba la vista de las páginas, me sentía agotado de tanto vivir.

Nunca me quejé de ello, de mi manera de leer: ¿cómo quejarme si la soledad era el único formato de lectura que conocía? Pasaron los años, y mi léxico, mi biblioteca y mi madurez crecieron conjuntamente. Todo ocurrió en un aislamiento absoluto; sentía que llevar un libro en mi mochila era como cargar una alta dosis de soledad. No obstante, al mismo tiempo sentía el impulso de organizar campañas de promoción lectora, abordar a mis compañeros y decirles: «Lee conmigo, por favor, lee conmigo». Era un impulso egoísta, pues no me importaba que ellos leyeran, solo necesitaba compartir mi felicidad.

Viví en apariencia contento durante muchos años en ese destierro literario, en donde la soledad y la felicidad convivían junto a mí. Sin embargo, a veces

recibía huéspedes temporales. Un día se pasó un principito, se detuvo en mi exilio, miró a su alrededor y me preguntó: «¿Qué haces tan solo en este lugar?, ¿esperas a tu zorro?». Yo le dije: «No tengo un zorro, solo tengo libros. No tengo a nadie que sea único en el mundo y yo no soy único para nadie en el mundo». Se marchó y yo seguí leyendo a Bram Stoker.

Un día deseé olvidar lo que se sentía leer. Lo deseé de una manera tan fuerte que el sentimiento solo se comparaba con aquella antigua necesidad de encontrar otra realidad. Tenía depresión. En aquel entonces, mis padres creyeron que leer empeoraba esta condición, así que se me arrebató la lectura. Fue en esos momentos, en los que no podía leer cuando lloraba, cuando no tenía un libro, que empecé a escribir versos en mis antebrazos. Cuando dejé de leer, sentí como si mi mente y alma hubieran quedado cuadripléjicas.

Me trajeron a rastras de mi exilio literario y me encerraron en uno del mundo real; todo era tan descabellado como el país de las maravillas de Alicia. Todo allí era triste, la vida tenía solo dos colores y sabor a fármacos. En ese hospital psiquiátrico no tenía nada que leer y me sentí en estado de abstinencia.

Pero se me reveló una segunda manera de lectura en aquel lugar, una que no necesitaba de soledad. Sí, tal cual: ¡lectura que no necesita de soledad! Encontré la manera de releer sin necesidad de tener mis libros,

pues empecé a narrar las historias leídas a los demás pacientes del hospital. ¿Entendían lo que les decía? No lo sé, pero por primera vez yo ya no estaba leyendo solo. No sé cómo explicarlo, era una *hemorragia de alegría* poder, al fin, compartir lo que los libros me daban, lo que tomaba de ellos.

Al salir del hospital psiquiátrico, se acabó esa breve utopía, ya que no tenía a quién contarle sobre mis libros. ¿Qué tan poco cuerdo resulta que, en medio de la locura, encontrara una efímera paz, la suficiente para estar dispuesto a regresar a un confinamiento con tal de encontrar oídos sin raciocinio que escucharan mi voz? Nuevamente estaba exiliado, harto de ser desterrado de todos lados, harto de que los libros, mi única compañía, solo tuviesen boca para hablarme y nunca para escucharme.

Los libros son como nubes, y pasar tus ojos sobre ellos leyendo sus líneas es como acariciar el alma con seda. Ir a una librería y ver sus portadas, adivinando su trama, es como tenderse en el pasto y ver a las nubes pasar y darles forma. Al abrirlos, salen pequeñas corrientes de aire; con el pasar de las páginas, se siente la humedad, luego la brisa, y al final, sin conciencia, estás en medio de una tormenta proveniente de una fuente ajena: la imaginación del autor. Durante muchos años mantuve eso en mi alma, y mi piel y mis costillas eran como un gran dique que refrenaba esa lluvia; todo yo, todo mi interior, era inadmisible con el

exterior de la represa, la cual empezaba a agrietarse. El agua acumulada buscaba maneras de fluir.

Pasó el tiempo, y la universidad trajo otras turbaciones: ¿escoger la carrera con la que sueñas o la carrera que necesitas para afrontar la realidad? Continué leyendo, pero las líneas que recorrían mi iris no eran fantásticas, sino que estaban llenas de tecnicismos. Vivía en una espiral descendente. Estudiaba Enfermería, y en los pocos instantes en que la carrera me permitía respirar, no respiraba: leía de manera voraz, sin darme tiempo a descansar en los puntos o en las comas.

Y, sobre todo, añoraba compañía en las lecturas, compañía de carne y hueso. Entonces fue cuando encontré *una patria,* algo real, palpable y totalmente propio del mundo fuera de mí, una tierra llena de oídos esperando para escuchar y bocas listas para dialogar. Yo antes era un nómada, oscilaba de sitio en sitio, se me veía por el este buscando oídos, por el sur con mis acompañantes sordos, por una infinidad de carreteras, siempre llevando mis tomos de soledad. Llevaba años enfrascado en aquella empresa de literatura y soledad, hasta que llegué a la entrada de aquella patria. Entré, caminé y, con cada paso, me sentía más parte de aquel lugar.

Cuando escribo sobre esta *patria,* me refiero a la primera edición del Club de Lectura de la Editorial Universitaria. Para mí, este club fue como encontrar

—ya lo dije— un hogar, una patria; era la representación de aquel ferviente deseo de encontrar un lugar del cual me sintiera miembro.

Y allí estaba, esperando a que diera inicio la primera reunión. Estaba callado, con miles de opiniones recorriendo mis intestinos y vías aéreas, todas acerca del libro que habíamos leído; pero las opiniones se calmaron, pues estaban acostumbradas a nacer en mi interior y a morir también ahí. Levanté la mirada y noté que estaban llegando más y más jóvenes. Pensé en mi destierro, donde siempre estaba solo. Los nervios me estaban estrangulando, y las ganas de salir de aquel lugar me estaban venciendo. La reunión dio inicio, y yo clavé mis uñas en aquella silla para no salir corriendo.

Cada uno de mis compañeros del club tuvo su turno para hablar acerca de la lectura. El libro era *Mi planta de naranja lima*. Muchas veces estaba de acuerdo con ellos y miraba lo que ellos miraban, pero en muchos otros casos ellos me presentaban una perspectiva diferente del mismo libro que todos leímos. Era como un juego: todos mirábamos el mismo cielo estrellado, pero cada uno unía las estrellas en diferentes constelaciones; todos leímos el mismo libro de Vasconcelos, pero, como con las estrellas, cada uno tomaba las palabras y las unía con percepciones propias, y de esta manera creábamos una constelación única de la historia de Zezé. Aquello fue una experiencia

alucinante. El intercambio de opiniones, el mutuo interés y el ambiente de respeto hizo que cambiara mi manera de pensar. La lectura ya no era destierro ni soledad; la lectura ahora era una carretera de tres carriles en donde el tráfico siempre estaba activo. En esa carretera viajábamos todos: los lectores, los escritores y sus obras.

Llegó entonces el momento de hablar. Las miradas se posaron en mí y sentí cómo toda el agua de lluvia contenida en mi represa empezaba a tornarse turbulenta; las miradas no se despegaban y el agua estaba pronta a fracturar mis costillas. Estaba a punto de levantarme e irme cuando miré sus ojos: la mirada de Dilia tenía impregnado el deseo de escucharme, un verdadero interés por mi opinión. Su sonrisa me arrolló y rompió cada uno de mis temores; una mirada y una sonrisa de ella hicieron que abriera las puertas de mi represa.

Empecé mi participación con: «Uno siempre lee en soledad, escribe en soledad, no hay espacios en donde uno pueda compartir sus opiniones acerca de lo que lee. Yo siempre leía solo hasta que entré a este club de lectura». Lloré, pero no se rieron de mis lágrimas. Ahí nadie está solo, ni las lágrimas mismas. Mis compañeros empezaron a llorar para darle compañía a mis saladas amigas.

En el club se fomentó la reflexión y el análisis mediante las actividades que se realizaban; por ejemplo,

tras leer un libro se nos animaba a escribir una opinión acerca de él. Asimismo, durante las reuniones se llevaban a cabo muchas actividades, entre ellas dramatizaciones, análisis reflexivos y la creación de un escrito inédito usando las mismas técnicas empleadas por el autor del libro.

Todo lo anteriormente mencionado, más el listado impresionante de lecturas, hizo de la primera y segunda edición del club la mejor experiencia de mi vida en relación con la lectura. Además, el club añadió a mi biblioteca grandes obras.

Leí cómo el brasileño José Mauro Vasconcelos, en *Mi planta de naranja lima,* usó a un inocente niño para mostrar la pobreza, la muerte cruel de la inocencia y la imaginación a temprana edad, así como la forma en que la familia deja profundas grietas en nuestra vida. La salvadoreña Claudia Hernández, en *De fronteras,* nos envolvió en el surrealismo, la subjetividad y una narración casi descarada, con la que pudimos observar la violencia y sus consecuencias. Ella la normalizaba para escandalizarnos y, a diferencia de Vasconcelos, no buscaba enternecernos, sino que nos horrorizaba para que nos diéramos cuenta de la realidad y de cómo la constante exposición a la violencia nos ha llevado a normalizarla. Finalmente, nuestro compatriota Roberto Sosa, en su poemario *Los pobres,* mediante preciosas metáforas, hizo que me enamorara de su poesía. Sosa, a diferencia de

Vasconcelos y Hernández, nos mostró esta problemática social de una manera poética, y si sus versos fueron melifluos a la vista, no significa que no causaran el impacto deseado: exponer la situación social de nuestro país. Las tres obras abordaban temas sociales, de tres maneras distintas.

En la segunda edición, junto con *Fahrenheit 451* y *El infinito en un junco,* nos indujeron a pensar y reflexionar acerca del valor que se les da a los libros en la actualidad. Me volví paranoico al entrar en la distopia de Bradbury; solo pensar que en el mundo se prohíban los libros y se les persiga y extermine como si de una plaga se tratase, me horrorizó hasta el punto de sentir escalofríos en la médula ósea. Con *El infinito en un junco* sentí que Irene Vallejo me subía a una máquina del tiempo para disfrutar de la historia de los libros; ¡jamás había leído un ensayo literario, pero, sin duda, después del de Irene lo haré con más frecuencia.

El club de lectura me dio mi primer libro autografiado por su autor: *Clones,* del argentino-hondureño Raúl Arechavala. Se trata de una serie de relatos breves futuristas que despiertan la conciencia sobre el presente y cómo nos encaminamos a esos escenarios en donde lo esencial de la vida se convierte en un negocio. *Clones* nos invita a reflexionar sobre nuestra forma de vivir y el valor que damos a las cosas simples del día a día.

Entre el destierro, la angustia y la soledad, al culminar cada edición del club de lectura me sentía más patriota, más parte de un grupo de personas, más libre y dispuesto a expresar mi pensamiento. Ellos me brindaron las herramientas para salir de mi destierro sin necesidad de dejar la lectura, porque los libros no son soledad, los libros son etéreos universos en papel.

Al enterarme de que no habría una tercera edición del club, me pregunté: ¿otra vez seré desterrado? Pero descarté una respuesta afirmativa a esa pregunta, el club me dio amigos lectores y la valentía de buscarlos cuando los requiera; el Club de Lectura de la Editorial Universitaria me enseñó a dejar de leer en soledad.


ESPAÑA
ARGENTINA
BRASIL
HONDURAS
EL SALVADOR
VIAJES LITERARIOS

BRASIL



Entre el dolor y la ternura: una planta de naranja lima

Nidia Acosta[4]

Participar en la primera entrega del Club de Lectura de la Editorial Universitaria me dio la oportunidad de acercarme por primera vez a la maravillosa historia de Zezé, en el libro *Mi planta de naranja lima,* del escritor brasileño José Mauro de Vasconcelos (1920-1984). *Mi planta de naranja lima* es una novela de carácter biográfico, publicada por primera vez en el año 1968, y un clásico de la literatura latinoamericana.

La novela relata en primera persona las memorias del autor cuando era un niño de cinco años y la forma en que el dolor lo hace comprender precozmente la dureza de la vida. Narrada con un lenguaje coloquial y lleno de ternura, es fácil empatizar con el pequeño Zezé en cada una de las palabras, llenas de imaginación, entusiasmo y amor.

[4] Nació en Atima, Santa Bárbara en 1989. Actualmente reside en Tegucigalpa y es alumna por egresar de la carrera de Letras.

Zezé es un niño que vive en Bangú, en una numerosa familia que atraviesa una difícil situación de pobreza, pero aun así, su sueño es convertirse en un poeta «con corbata de moño». Desde el inicio se observa que la violencia es algo cotidiano en su vida, pero esto no es impedimento para que deje volar su extraordinaria imaginación. Zezé juega, canta, aprende de la vida y se hace amigo de una planta que le habla: su planta de naranja lima. En la segunda parte del libro conoce a Manuel Valadares, un portugués, con quien entabla una amistad que lo marcará por completo.

En la contraportada del libro se puede leer la leyenda «Historia de un niño que conoció el dolor», debajo del título. Y es que el dolor es el eje central de la novela: el dolor de la pobreza, el dolor de la violencia física y emocional, el dolor de la muerte y el de crecer y perder la inocencia. Zezé tiene apenas cinco años cuando la brutalidad le enseña la crudeza de la vida y lo empuja hacia una precoz madurez.

La planta de naranja lima de Zezé representa su inocencia, así como a un amigo cargado de ternura, que es la compañía perfecta para sus juegos de películas de vaqueros y sus interminables conversaciones con su yo interno. Sus tertulias son precisamente una muestra de su desarrollo interior. En un principio son nobles e inocentes, pero hacia el final están notablemente plagadas de resentimiento y dolor. Es la muerte

de su mejor amigo, «Portuga», el portugués, la que finalmente lo hace romper con ella, empujándolo sin retorno a la «edad de la razón».

> Tan pronto no van a cortar tu planta de naranja-lima. Cuando la corten estarás lejos y no sentirás nada.
> Sollozando me abracé a sus rodillas.
> —Ya no me interesa, papá. No me interesa...
> Y mirando su rostro, que también se encontraba lleno de lágrimas, murmuré como un muerto:
> —Ya la cortaron, papá, hace más de una semana que cortaron mi planta de naranja-lima. (de Vasconcelos, 1968, p. 95)

Después de un trágico accidente que se lleva a la persona que más ha querido, Zezé ya no puede ser el mismo, porque ha traspasado el límite del dolor que un niño con su sensibilidad podría tolerar. Ya no canta por dentro, ya no juega a las películas de vaqueros, pero, sobre todo, ya no le interesa su planta de naranja lima.

Sin embargo, junto a todo ese dolor, todavía queda la ternura, que es otra característica para destacar de la novela. El libro está narrado desde la perspectiva del niño y, con sus juegos, sus travesuras, la nobleza de sus actos y el amor que siente hacia algunos de sus hermanos, su planta y el portugués, deja en el lector

una sensación de conmovedora ternura que hace de esta una obra inolvidable. La tierna imaginación que posee también juega un papel muy importante, y quizá el más simbólico, porque le permite escapar del dolor hasta que este lo quebranta.

> —Un día... un día... voy a llevarte lejos de esta casa. Nos vamos a ir a vivir...
> Se detuvo. Seguramente pensaba en la casa de Dindinha, pero allá sería el mismo infierno. Fue entonces cuando resolvió participar directamente de mi planta de naranja-lima y de mis sueños.
> —Te llevo a vivir al rancho de Tom Mix o de Buck Jones.
> —Pero a mí me gusta más Fred Thompson.
> —Entonces nos vamos para allá.
> Y completamente desamparados comenzamos a llorar juntos y bajito. (Vasconcelos, 1968, p. 72)

Como lectora de esta excelente obra literaria —en más de una ocasión—, debo reconocer que la lectura de las anécdotas de Zezé, de sus travesuras y de su dolor, me ha llevado, cada una de las veces, a conmoverme hasta las lágrimas, a sentirme embargada de esa triste ternura, sacudida por las crudas realidades con las que la vida viene para algunos, y que se ven plasmadas en su historia de principio a fin. Pedro Alberiche da Rocha (2017) reconoce la capa-

cidad de Vasconcelos en *Mi planta de naranja lima* «de provocar la emotividad de sus lectores, pero no [...] una emoción sentimental, sino la manifestación de un sentimiento de tristeza ante la injusticia humana, la miseria y la incomprensión sobre los sentimientos de un niño» (p. 66).

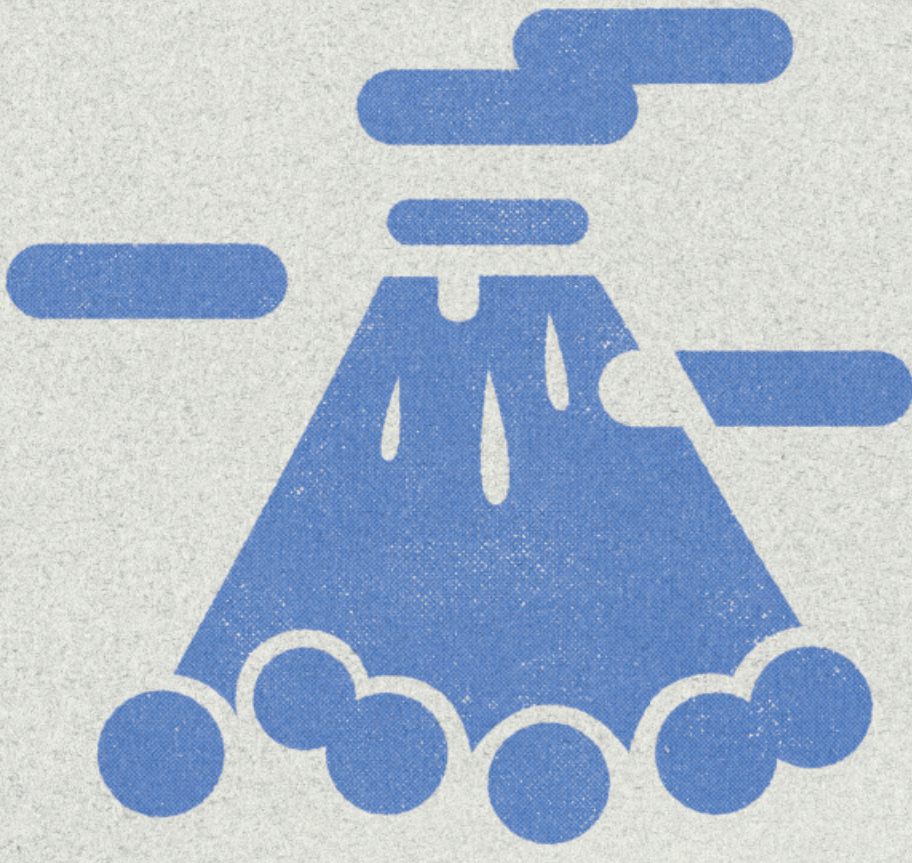
Referencias bibliográficas

Da Rocha, P. A. (2017). José Mauro de Vasconcelos y su «planta de naranja lima». *Anthesis, 5*(9), 61-68. https://periodicos.ufac.br/index.php/anthesis/article/view/580

Vasconcelos, J. M. (s. f.). *Mi planta de naranja lima*. https://www.isl.cl/wp-content/uploads/2017/08/Mi-planta-naranja-lima-.pdf

Libros de Asteroide. (s. f.). *José Mauro de Vasconcelos*. https://librosdelasteroide.com/autor/de-vasconcelos-jose-mauro

EL SALVADOR



De lo grotesco a lo reflexivo: un análisis metafórico de la sociedad a través de la narrativa de Claudia Hernández

Luis Estrada[5]

De fronteras es la narración de una quimérica realidad, de una sociedad estandarizada por la violencia y la muerte, donde lo grotesco e irracional son parte del diario vivir y la normalización de estos sucesos se plasma en la forma en que actúan sus personajes. ¿Pero es esta realidad muy distinta a la nuestra? Nos encontramos ante una adecuada demostración de que escribimos con base en nuestras experiencias, ya que, dejando de lado un poco lo fantasioso, perfectamente podríamos estar hablando de la realidad latinoamericana.

Claudia Hernández, la autora, es una salvadoreña que creció en el ambiente de la guerra civil de su país;

[5] Nació el 17 de enero de 2001 en la ciudad de Choluteca, donde realizó sus estudios de bachillerato en el Instituto José Cecilio del Valle. Actualmente es estudiante de la carrera de Ingeniería Civil. Poseedor de pasiones multidisciplinarias, amante de la literatura, las humanidades y, ocasionalmente, la política. Constante aprendiz de cada una de ellas y un soñador empedernido que pretende algún día ser un agente de cambio en la sociedad hondureña.

en ese contexto, podemos vislumbrar cómo su obra es una crítica a la problemática experimentada. El Salvador, como toda Latinoamérica, sufre flagelos como la violencia, la pobreza y la corrupción que nos mantienen en el subdesarrollo; de esta manera, Hernández nos invita a la interpretación con cada una de sus metáforas, y es que para nosotros es muy sencillo identificarnos con alguno de sus relatos, y seguramente tendremos por ahí alguna experiencia que se deje entrever en uno de sus cuentos.

Hernández utiliza un estilo alegórico que nos saca de nuestra absurda realidad para llevarnos a una que, además de absurda, es extravagante. Nos sumergimos en un mundo de ostentosa alucinación, donde todos los sucesos son de lo más común para los protagonistas, haciendo de los cadáveres una obsesión, donde a veces podemos encontrarlos en cualquier parte de la casa, como en «Hechos de un buen ciudadano»; o saber cómo repartir uno para saciar ese sentimiento de echar de menos a un ser querido, como en «Abuelo»; e incluso saber qué hacer con el cuerpo de tu hijo, como en «Manual de un hijo muerto».

Nos encontramos ante un texto lleno de peculiaridades, donde se expresan muchas ideas de forma sencilla y sin la necesidad de palabras rebuscadas. Una de las cosas que más llaman la atención es la capacidad de describir tan detalladamente situaciones

que resultan incómodas o que afectan la sensibilidad del lector, de este modo podríamos decir que en ocasiones su narrativa llega a ser perversa. Otro punto para destacar es su particular forma de resolver los conflictos generando desenlaces inesperados. Todo esto, sumado a la estructuración de una trama excéntrica, da como resultado cierres que van más allá de lo dramático.

El libro, en general, es una incitación al análisis y la deducción; cada cuento podría tener diferentes significados, pues, como lectores, apreciamos las metáforas de diversas maneras y creamos una realidad con base en nuestra percepción, influenciados por nuestras características individuales y experiencias.

Con un estilo literario en el que se aprecia la influencia de Franz Kafka y una sencillez propia muy característica, Hernández desborda realismo mágico cada párrafo de su obra, divisa el existencialismo en la exploración de temas morales y prejuicios sociales, los cuales expone de forma irracional y normalizada.

Aunque su obra es bastante inventiva y gira en torno a la imaginación, nunca leeremos una fantasía vacía, ya que el trasfondo de cada texto es único y siempre tendrá algo que representar. Las historias nos muestran a los personajes como víctimas de una actitud permisiva y de resignación frente a los obstáculos que se les presentan, exhortándonos de esta manera a crear una conciencia colectiva y a redimirnos al

contradecir estas posturas que carecen por completo de emoción alguna; a dejar de existir en automático y comenzar a comprender realmente nuestra situación, discerniendo en nuestro proceder moral lo que más nos favorece y contribuye a la sociedad.

La crítica más grande es hacia la normalización, pues a medida que nos adentramos en su obra crece en nuestro interior el sentimiento de horror, de cómo cosas sin sentido alguno simplemente son aceptadas, dándole rumbos inimaginables a las historias. Al final de cada cuento nos quedamos desconcertados, preguntándonos qué ha pasado, sorprendidos de lo que acabamos de leer, pero también nos quedamos en evidencia: nos hemos horrorizado por un cuento, mas no por la realidad en la que vivimos. Vamos por la vida exactamente como cualquiera de sus personajes, respondiendo a los acontecimientos momentáneos sin profundizar en la raíz del problema ni tomar en cuenta las consecuencias a largo plazo.

Es fascinante la manera en que Hernández, a través de su fantasiosa obra, nos invita a reflexionar, pues estamos tan acostumbrados a nuestra perturbada sociedad que hemos de necesitar una aún peor, llena de imaginación y surrealismo, para que podamos cuestionarnos sobre cómo es posible vivir sin alteración alguna ante tan estrafalaria realidad. De esta manera, la autora busca trasladar esa deliberación experimentada en su obra a nuestra vida, invitándo-

nos a refutar nuestra accidentada historia e iniciar un cambio. Este debe partir de nuestra forma de pensar y ver el mundo, y continuar con nuestras acciones con el fin de configurar una estructura individual que, con el tiempo, represente una transición significativa hacia una sociedad más sensible y, por consiguiente, menos tolerante con los problemas sociales expuestos en su obra. El objetivo final es una transformación radical de la comunidad latinoamericana, que garantice su preservación y el deleite de las futuras generaciones.

HONDURAS



El claroscuro en *Los pobres*, de Roberto Sosa

Cristhian Valladares[6]

En 1968, Roberto Sosa publica el poemario *Los pobres* con el claro propósito de centrar su atención en el grupo más numeroso y, al mismo tiempo, menos homogéneo de la sociedad, aquellos que son medidos por el doble rasero de la vida impuesto por quienes el poeta llama «jueces sombríos». Como bien señala Rick McCalister (2010): «"Los pobres", el poema titular y liminar que marca la pauta del poemario, demuestra la potencia ignorada de los marginados, su ubicuidad y sus deseos reprimidos» (p. 151).

En *Los pobres,* esos seres marginados y reprimidos se nos presentan en un mundo infame y lacerante, simbolizado por el contraste entre luces y sombras que denotan dos ejes que recorren paralelamente la

[6] Nació en Tegucigalpa en mayo de 1992. Licenciado en Letras con Orientación en Literatura y con estudios a nivel de pregrado de la Licenciatura en Letras con Orientación en Lingüística. Actualmente estudia la carrera de Derecho.

obra; desde los pensamientos de Platón, estas oposiciones denotaban:

> Tres ejes de pensamiento que terminan interrelacionándose en el plano artístico. En todos los casos subyace un planteamiento valorativo que opone, desde diversos puntos de vista, lo bueno, la luz, a lo malo, las tinieblas. Y en la epistemología platónica, la luz y las sombras se vinculan respectivamente con el conocimiento y la ignorancia, tal como demuestra de manera ejemplar la alegoría contenida en el mito de la caverna y su interpretación. (Rodríguez, 2015, p. 48)

El título del libro «tiene su inicio con el semema "los pobres", [por lo que] de inmediato se nos viene la idea de proletario, pobreza, clase marginal, clase baja» (Bonilla, 2022). Es decir, que emergen dos categorías antagónicas entre sí, *pobres y ricos*, lo que también puede traducirse como la dicotomía de *marginados y marginadores*. Esta visión se sustenta en el énfasis en denotar la existencia de un poder ajeno a los pobres que termina por subyugarlos y adoctrinarlos, para que jamás vean la luz de la verdad. Entiéndase también como conocimiento en contraposición a la ignorancia en la que viven, ya que en el poema «Los claustros» se hace referencia a este último punto:

Nos han amaestrado con sutileza
Hablamos,
leemos y escribimos sobre la claridad.
Admiramos sus sombras
que aparecen de pronto. (p. 15)

También encontramos esta referencia en el poema «Los túneles blancos que conducen al mar»:

Se marchan
En silencio a su pasado
Iluminados
Por las penumbras. (p. 11)

Natalia Fernández Rodríguez (2015) explica que «las metáforas lumínicas son constantes en un contexto en el que el conflicto dramático se fundamenta justamente sobre el triple choque conocimiento-ignorancia, gracia-pecado, bien-mal» (p. 51). En virtud de esto se encuentran en el poemario de Roberto Sosa numerosas referencias a las sombras que aluden a la caracterización vil de los grupos de poder, que corrompen el sistema para mantener oprimidos a los menos afortunados, a los desdichados; aquellos que son invisibilizados como seres de segunda categoría. En el poema «La casa de la justicia», a través de la ironía y la sátira, se aborda el tema de la injusticia social:

Entré
en la casa de la justicia
de mi país
y comprobé
que es un templo
de encantadores de serpientes.

Dentro
se está
como en espera
de alguien
que no existe.

Jueces sombríos
hablan de pureza
con palabras
que han adquirido el brillo
de un arma blanca. (p. 22-23)

Nótese en estos dos últimos versos cómo se teje la metáfora a partir de la carga semántica de las palabras que denotan luz y sombras. La palabra «brillo» adquiere un significado inverso pues no denota en este caso un signo de virtuosidad, sino que se aúna a las palabras «sombríos» y «arma» para personificar la justicia aberrante dispuesta por los marginadores u opresores para manipular la ley en su propio beneficio. Posteriormente, el poeta les asigna a estos

opresores una identidad en el poema veintiuno, «Las voces no escuchadas de los ricos», que en uno de sus versos expresa:

> *Hemos enterrado a los débiles en las nubes.*
> *Hemos inclinado la balanza de lado de la noche*
> *y a pesar de los azotes recibidos*
> *permanecemos en el templo.* (p. 46)

Les llama «ricos», terminando por establecerse la dicotomía ricos-pobres, haciendo también referencia al relato bíblico en el que Jesús expulsa a los mercaderes del templo. De este modo, se establece una conexión que tiene como referente la noche como uno de los extremos de los valores del espíritu humano, reflexionando sobre el bien y el mal desde la visión del Antiguo Testamento:

> El choque luz-oscuridad con matices axiológicos se hacía explícito desde el Génesis: «Dios vio que la luz era buena y separó la luz de las tinieblas» (Génesis, 1:4). En Salmos XXVI, 1, aparece la identificación Dios-luz: «Yahvé es mi luz»; y en Salmos XXXV, 10, el sustrato platónico luz-verdad se recubre de tintes espirituales con un juego conceptista en el que converge un haz de sentidos. (Rodríguez, 2015, p. 49)

Asimismo, «los pobres» son conscientes de su realidad y dicen para sí: «Nosotros no tenemos esperanza» (Sosa, 2019, p. 26). Pero la realidad es aún más aplastante en el poema «El otro océano», en el que se les describe maniatados a su triste destino:

> *los desposeídos heredaron las oscuridades*
> *los vientos atados de pies y manos.* (p. 27)

Sin embargo, el peor mal de los pobres es la mansedumbre y la simplicidad de su espíritu, que los mantiene como autómatas, yendo dócilmente por el camino que se les ha impuesto. No obstante, como dice el poeta: «Los vivos no podrán destruir la perfecta igualdad de los muertos».

Referencias bibliográficas

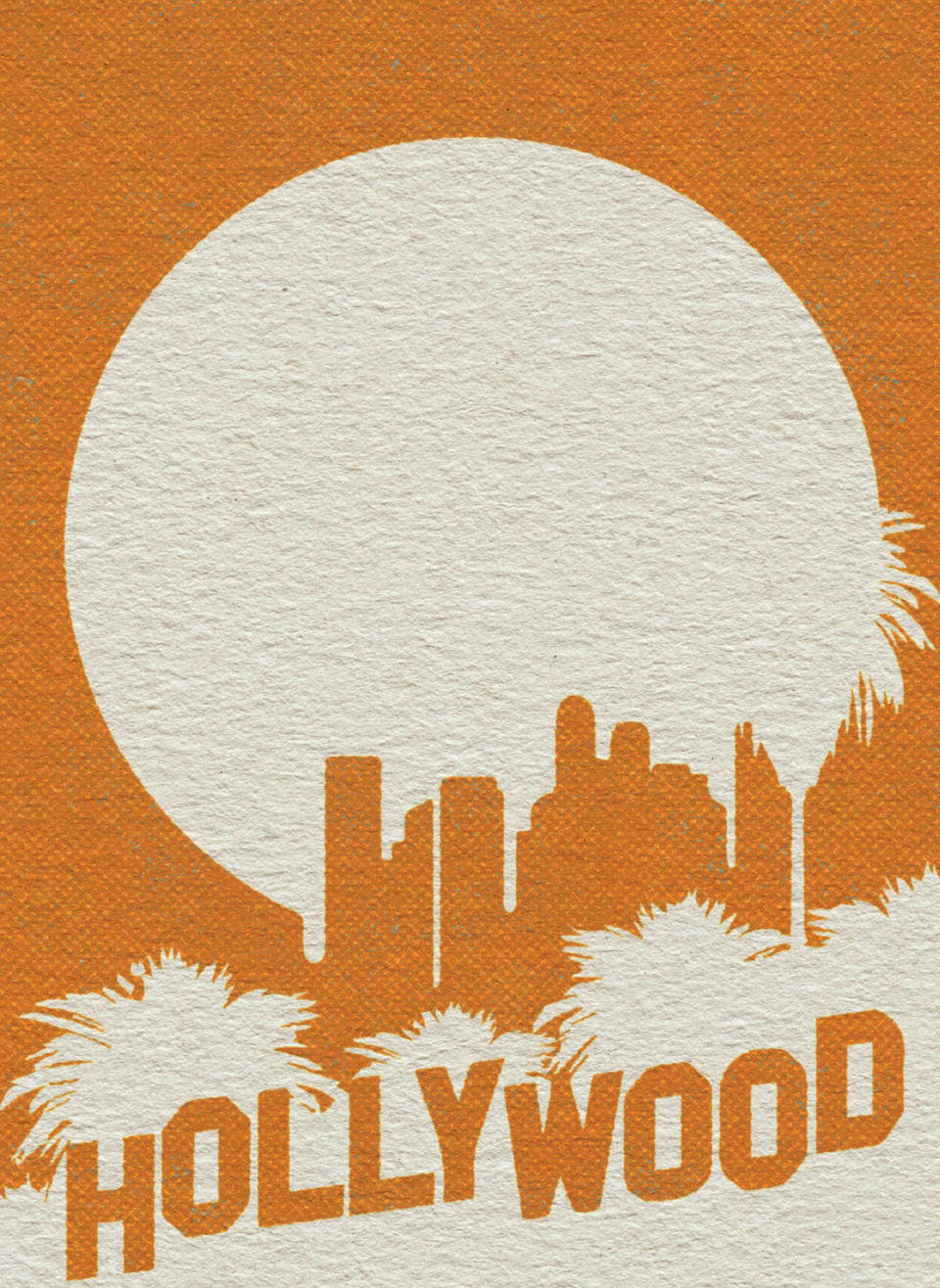
Sosa, R. (2019). *Los pobres*. Editorial Universitaria.

Rodríguez, N. (2015). Valores simbólicos de la luz y la oscuridad en las comedias de santos de Lope de Vega. *Tintas Quaderni di Letterature Iberiche e Iberoamericane*, (5), pp. 47-62.

McCallister, R. (2010). Una geografía del deseo en «Los pobres» de Roberto Sosa. *Ístmica*, (13), pp. 149-158.

Bonilla, H. (14 de agosto de 2022). El existencialismo social en el poema «Los pobres» de Roberto Sosa. *La Tribuna*. https://www.latribuna.hn/2022/08/14/el-existencialismo-social-en-el-poema-los-pobres-de-roberto-sosa/

Thomas, R. (2008). Nubes, niebla y otros obstáculos a la luz en la poesía de Ernestina de Champourcin. *Hispanic Journal*, (29), pp. 55-67.



ESTADOS UNIDOS

Las voces de los libros quemados

Rocío Mejía[7]

Bradbury, además de haber sido un destacado autor de ciencia ficción y fantasía, era un humanista al que le interesaba proteger aquello que hace al ser humano especial: su capacidad de amar, su imaginación y su razonamiento. Utilizaba estos recursos para crear historias maravillosas que indagaban en temas profundos en sociedades distópicas, y *Fahrenheit 451* es un buen ejemplo de ello.

Esta novela se escribió a principios de la década de 1950, en un contexto en donde ocurrían varios acontecimientos históricos y culturales remarcables, como la quema de libros por parte de los nazis y, lastimosamente también, de seres humanos. En

[7] Nació el 31 de diciembre de 1996 en Olanchito, Yoro. Es una joven hondureña con una estrecha relación con su familia. Posee una sólida formación académica. Actualmente, se encuentra cursando la carrera de Ingeniería Química Industrial. A pesar de que admite que la escritura no es su fuerte, es una apasionada amante de los libros y se esfuerza en mejorar sus habilidades en este campo.

Estados Unidos, patria del escritor, fue una época en que las acciones del senador McCarthy concluían en acusaciones infundadas y listas negras contra personas sospechosas de ser comunistas, incluyendo también una lista de libros prohibidos. Estos hechos inspiraron a Bradbury a escribir esta obra.

Fahrenheit 451 es una novela distópica en la cual la trama sigue a Guy Montag, un bombero del «escuadrón 451», cuya única función es dedicarse a quemar libros prohibidos por una sociedad obsesionada con los medios de comunicación, como la televisión y la radio, censurando el pensamiento y el conocimiento.

En esta novela apreciamos la manera en que el personaje principal, a lo largo de la historia, pasa de ser parte del sistema totalitario y opresivo que prohíbe el conocimiento a través de la quema de libros a cuestionar su papel dentro del escuadrón de bomberos cuando conoce a una joven de manera fortuita. Es así como se embarca en un viaje de autodescubrimiento en busca de la verdad, en el que comienza a preguntarse qué pueden tener los libros para ser considerados tan peligrosos. Estas interrogantes son las que lo llevan a cometer el peor de los crímenes: leer.

Montag empieza a pensar por sí mismo y emprende una travesía en busca de conocimiento, en contra de la ideología dominante que dictamina que leer está prohibido, en una sociedad en la que la televisión y

las drogas son las principales formas de entretenimiento. Asimismo, conoce personas que lo influyen para abrir su mente, no sin antes ganarse enemigos que lo perseguirán para controlarlo.

Fahrenheit 451 es una lectura que no pasa de moda, pues ha sabido envejecer con el tiempo, y es que, si nos situamos en nuestro contexto actual, observamos que esta obra se adapta bastante bien. Me atrevo a decir que nos encontramos en una sociedad que se rige por estas ideologías; tal vez no sean igual de totalitarias en todas partes del mundo, pero van un poco encaminadas hacia ello: están obsesionadas con el control y hacen que los individuos sigan el ritmo pactado por ellas.

El capitán Beatty, uno de los personajes, encarna la autoridad y el ansia de poder, representando así la represión totalitaria en la sociedad. Por otro lado, en Montag esta sociedad siembra una inquietud que se acrecienta cuando se encuentra con su joven vecina Clarisse McClellan, quien es curiosa y reflexiva. Ella hace que Montag se cuestione su vida, su papel en el mundo, convirtiendo su inquietud en una búsqueda de conocimiento; ella lo anima a pensar de manera crítica y a buscar el porqué de las cosas. Sin embargo, nuestro personaje principal ya era diferente, pues desde el inicio se cuestiona cosas que, aun cuando no sabe ponerles un nombre, reconoce. Son como pequeñas chispas que posteriormente se vuelven llamas.

Comparando este libro con nuestra sociedad actual, Montag es la representación de aquellos individuos que podríamos considerar diferentes o inusuales, quienes no se ajustan a las normas preestablecidas. No me refiero a personas socialmente desadaptadas o peligrosas, sino a aquellos que tienen dificultades para conformarse con la uniformidad que impone la sociedad. En lugar de fomentar el desarrollo creativo e independiente, nuestra sociedad contemporánea tiende a homogeneizarnos, tratándonos como simples objetos que deben seguir un patrón predefinido y obedecer sin cuestionar. Esto se asemeja a la actitud del capitán Beatty, quien desea ser el dueño del conocimiento y que los demás seamos mansos corderos, siguiéndolo adonde nos ordene.

Fahrenheit 451 es una novela que, a pesar de haberse publicado hace más de setenta años, aún se adapta a estos tiempos, ya que el peligro de una sociedad conformista y obsesionada con el entretenimiento superficial es inminente.

Queridos lectores: no olvidemos cómo la lectura impulsa nuestra creatividad y pensamiento crítico. Observemos más allá de las pantallas, del ocio y las distracciones, y, como Montag, alcémonos para ser más libres cada día.

Referencias bibliográficas

Bahrani, R. (14 de mayo de 2018). Por qué *Fahrenheit 451* representa nuestra era de redes sociales. *The New York Times*. https://www.nytimes.com/es/2018/05/14/espanol/cultura/fahrenheit-451-hbo-ray-bradbury.html

ESPAÑA



Un legado con sabor a tinta

Ester Ruiz[8]

Cuando comencé *El infinito en un junco,* de Irene Vallejo, me sumergí en un universo literario nuevo para mí. Dudé un poco al inicio, puesto que es un ensayo, y aun cuando estoy familiarizada con este género debido a mis estudios en Lenguas Extranjeras, no suele ser de mi agrado, por lo tanto, lo abordé como un desafío, pese a mi preferencia por la ficción. En este libro, Vallejo intenta describir, narrar e ilustrar la historia de la escritura en el mundo antiguo. Me es difícil imaginar que, en un mundo en constante evolución, algún objeto logre conservar su forma inicial, oponiéndose a los irresistibles cambios de la humanidad; la escritura no fue la excepción a este fenómeno.

[8] Estudiante de último año de la carrera de Lenguas Extranjeras. Tiene una gran pasión por la lectura, a la que considera una herramienta esencial para el aprendizaje continuo. Anhela especializarse en el ámbito de la escritura, ya sea en la redacción o traducción de textos. Esta pasión surgió debido a las exigencias académicas de su carrera, que le llevaron a leer continuamente y a desarrollar habilidades en la composición de documentos académicos, en particular ensayos.

En esta obra, Vallejo demuestra una exhaustiva investigación sobre los orígenes de lo que hoy son artículos de gran valor, esos que con mucho orgullo llamamos libros. Haciendo uso de metáforas, paralelismos y comparaciones, la autora logra transportar al lector a un viaje a través del tiempo y sumergirlo en sus propias vivencias. De esta manera, transmite de forma acogedora y cercana el funcionamiento de las civilizaciones antiguas, detallando las herramientas utilizadas en cada época para la comunicación. Un punto fascinante es su relato sobre los incesantes esfuerzos de estos pueblos por promover la preservación cultural, aferrándose a la escritura como a un chaleco salvavidas que alimentaba ese fuerte deseo de trascender y marcar una huella en la historia de la humanidad, ese insaciable anhelo de ser recordados por las generaciones futuras.

La estructura del libro está cuidadosamente planeada. Es como un enorme rompecabezas donde, capítulo a capítulo, se va construyendo el panorama completo de la historia. A través de sus páginas, Vallejo muestra la evolución del propio ser humano y su capacidad de adaptación ante las más adversas condiciones de vida. Por lo tanto, la autora presenta a las distintas civilizaciones empleando sus recursos locales para hacer de su legado algo perdurable. Emociona poder profundizar en estas historias que comenzaron con la oralidad y llegaron hasta la inven-

ción de la escritura. Y luego, desde escribir en roca o tablillas de arcilla y rollos de papiro hasta lo que hoy conocemos como papel o libros impresos. Actualmente contamos con los bien conocidos *e-books* o libros digitales, los cuales también son intentos de inmortalizar la historia humana.

La meticulosa investigación de Vallejo también hace hincapié en esos gobernadores y personajes poderosos que utilizaron su influencia tanto para destruir como para coleccionar la mayor cantidad de conocimiento, como es el caso de Alejandro Magno, un conquistador ambicioso que soñaba con reunir todos los libros del mundo en una sola biblioteca: así nació la biblioteca de Alejandría, la más grande del mundo antiguo.

Uno de los aspectos más notorios y cautivadores, a mi parecer, es la narrativa del libro. La autora no se limita simplemente a proporcionar datos históricos sobre los acontecimientos, sino que los mezcla con una narrativa literaria que permite sumergirse en la historia. La cantidad de detalles y descripciones sobre los distintos personajes mencionados a lo largo del libro hace que la lectura fluya con naturalidad.

Es así como es fácil imaginar a Alejandro Magno tendido en su cama con una copia de la *Ilíada,* pensando en qué pasará si no hay suficiente tierra para conquistar. Adicionalmente, la autora hace uso de paralelismos, como las paredes llenas de inscripciones en Pompeya, muy similares a lo que encontramos hoy

en los baños públicos. El uso constante de estos elementos literarios me hace pensar en el gran esfuerzo de la autora por hacer que su libro fuera entendido y disfrutado por cualquier persona, aun por aquellos que no sabemos nada de historia antigua.

Algo aún más intrigante es cómo la autora fusiona sus vivencias personales con los temas de cada capítulo. Al combinar estas historias, resulta sencillo conectar con los ciudadanos de Alejandría o Roma. La autora construyó la narrativa de modo que cada lector se identificara con cada historia, lo cual me acercó de tal manera al mundo antiguo que a veces olvidaba que lo que estaba leyendo sucedió hace siglos.

Esta obra demuestra ser el resultado de una meticulosa y exhaustiva investigación que abarca la historia de los libros, así como el contexto histórico, social e incluso político de cada civilización predecesora de la nuestra y su involucramiento en la extensa historia de la humanidad. Sin embargo, Vallejo resume el concepto de su libro en cuatro fascinantes líneas:

> Aunque no somos frágiles como el junco y la materia vegetal con la que se fabrican los libros, el junco sí lo es, pero al mismo tiempo es un superviviente y en ese sentido es una metáfora de todos nosotros, todos somos esa fragilidad donde cabe el infinito, el infinito de las emociones y de la poesía. (Rodríguez León, 2022)

La habilidad de Vallejo para capturar esa fragilidad humana al relatar la caída y resurgimiento de los distintos imperios es impresionante, pero sorprende aún más que estas naciones hayan perdurado en las páginas de los libros que ahora encontramos en nuestra biblioteca más cercana.

Vallejo ha tejido magistralmente la historia del hombre junto con la historia de los libros, y, para mí, esto demuestra que no se pueden separar: una existe y subsiste gracias a la otra. Este ensayo me llevó a reflexionar sobre la importancia de los libros, ya que cuentan la historia de la humanidad. Gracias a ellos conocemos el pasado y llegamos a la conclusión de que en realidad no hemos evolucionado tanto, seguimos teniendo los mismos problemas, ambiciones y sueños que las ciudades antiguas; por lo tanto, los libros son un espejo del pasado, pero al mismo tiempo son una pauta para el futuro.

Referencias bibliográficas

Rodríguez León, M. R. (2 de mayo de 22). *Irene Vallejo conversó sobre su obra «El infinito en un junco», en la Sala Nezahualcóyotl*. Universidad Autónoma de México. https://dgb.unam.mx/index.php/noticias-y-eventos/noticias/633-irene-vallejo-converso-sobre-su-obra-el-infinito-en-un-junco

ARGENTINA



El pasado, el futuro y los clones

Madelin Castellanos[9]

Este libro llegó a mis manos gracias al Club de Lectura de la Editorial Universitaria. De no haber sido parte de dicho grupo, quizá nunca habría conocido el futuro que Raúl Arechavala nos plantea en esta obra futurista y ciberpunk.

Clones. Relatos breves de 2096 es una antología de narraciones que exploran las múltiples posibilidades que nos ofrecen tanto la evolución de la tecnología como la propia evolución humana. En el libro no se presenta crítica ni juicio moral alguno hacia los personajes o los contextos que vamos conociendo en cada relato; es solo una visión cruda y rotunda de un mundo más tecnológico que humano.

[9] Nació en Tegucigalpa en 1999. Estudió Bachillerato en Ciencias y Humanidades en el Instituto Privado Dr. Ramón Rosa y, posteriormente, en 2017, ingresó a la carrera de Odontología. En 2020, ingresó a la carrera de Psicología, como carrera simultánea. Ha participado en diversos cursos de INFOP, y cada año busca diversas herramientas y actividades que le brinden nuevos conocimientos.

Algunos de los relatos se centran en la existencia de clones. En algún momento de nuestras vidas nos hemos cuestionado cómo sería un mundo donde la clonación humana fuera posible, legal y accesible para todos. ¿Cuáles serían las implicaciones morales y éticas de tener una copia genéticamente idéntica a nosotros? ¿Nos facilitaría la vida diaria? Arechavala, en su libro, explora estas preguntas y les da respuesta de forma realista y tajante.

Décadas en el futuro, una empresa ha logrado crear clones para el disfrute de la población. Las personas, de este modo, pueden disponer de repuestos para cualquier órgano que necesiten o —bajo circunstancias poco legales— usar su clon para evadir responsabilidades de la vida cotidiana, ya sea en el hogar, el trabajo o la vida social.

El autor, luego de mostrarnos esta sociedad poblada por humanos y clones, plantea una interrogante: ¿cómo se sabe si una persona es real o un clon? El problema radica en que nadie lo sabe. La empresa que fabrica los clones opera bajo reglamentos y políticas muy estrictas, privatizando esta información para evitar conflictos. Una de sus normas más importantes establece que una persona no puede clonarse más de una vez, lo que hace que cada clon sea tan único como el humano original.

Sin embargo, los clones no viven como lo haría su contraparte, de forma libre y funcional en la sociedad,

sino que lo hacen enjaulados en una clase de útero artificial. Los clones habitan en una vitrina de acrílico, sumergidos en un líquido fucsia que asemeja al líquido amniótico, conectados a tubos que los alimentan y los mantienen con vida. Un clon siempre «nace» con veinte años y es mucho más resistente que un ser humano convencional, pues solo puede morir si su vitrina sufre una contaminación micótica.

¿Los clones presentan la misma complejidad que un ser humano que ha vivido fuera de esa vitrina?

Uno de los relatos cuenta la vida de un hombre y su clon. El hombre estaba cansado de su trabajo de oficina y quería vivir una vida más bohemia, por lo que sacó a su clon de la vitrina, lo capacitó y lo envió a trabajar por él un centenar de veces. Al principio, el hombre estaba confiado y satisfecho viviendo la vida que deseaba; sin embargo, con el tiempo, el clon adquirió autonomía e independencia y acusó al hombre de ser, en realidad, el clon. Como consecuencia, las autoridades arrestaron y encerraron al ser humano en la misma vitrina donde una vez su clon estuvo atrapado. Este relato, como se ve, deja muchas preguntas en el aire sobre lo que significa ser un clon y lo que implica ser un ser humano.

Otros relatos se centran en la decadencia del ambiente. La existencia de libros físicos, por ejemplo, es algo impensable al ya no existir árboles que sirvan de materia prima para su creación. Asimismo,

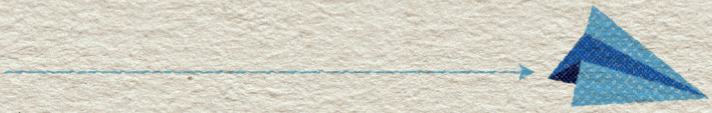
el entorno es alterado con hologramas que intentan emular lo que una vez fue la vegetación, debido al poco interés que existe en fomentar las cosechas y la reforestación. Por su parte, los animales son modificados genéticamente para ofrecer más producto a los consumidores, aunque esto triplique el sufrimiento de estos seres ahora amorfos. Finalmente, productos tan comunes hoy en día, como Coca-Cola, se han vuelto invaluables debido al cese de su producción.

Hay un relato que se centra en la vida de los «agricultores» del futuro: al no ser necesaria esta profesión, son relegados a la categoría de ciudadanos comunes. En la década de 2090 no existen cosechas como tales, pues todo se produce en laboratorios. Los campesinos son obligados a ceder sus tierras a personas poderosas y trasladados a lugares lúgubres y sin vegetación, debido a que, en este futuro, quienes comprenden, respetan y trabajan con la naturaleza ya no son necesarios.

De forma general, los relatos presentan un futuro en el que todas las naciones se han transformado en una nación global, y en el que ya no hay conflictos políticos ni guerras. En este mundo del mañana, el avance tecnológico ha permitido que el ser humano explore las estrellas y no se vea limitado por su propia mortalidad. Sin embargo, el destino de nuestra especie, al encontrarse en las manos de

personas en altos puestos de poder que quieren la supervivencia y la evolución a toda costa, viene de la mano del sacrificio de nuestro hogar y de nuestra propia humanidad.

ITINERARIO POÉTICO



- [ ] Palabra
- [ ] Imagen
- [ ] Ritmo
- [ ] Verso
- [ ] Sonido
- [ ] Metáfora
- [ ] Sentido
- [ ] Cadencia
- [ ] Emoción
- [ ] Memoria
- [ ] Obstáculo

Sentido

Andrea Posadas[10]

¿Será que perdió sentido?
Volver a plasmar ideas
en el descendiente del papiro.
Convocar a la llamada del escrito.

¿Sentido? Posee acaso sentido
darle la indubitable confianza
al Cronos, antes que al Kairós.

¡Tendrá sentido confesar
que nuestros cuerpos se encuentran
en el impuesto régimen cíclico!

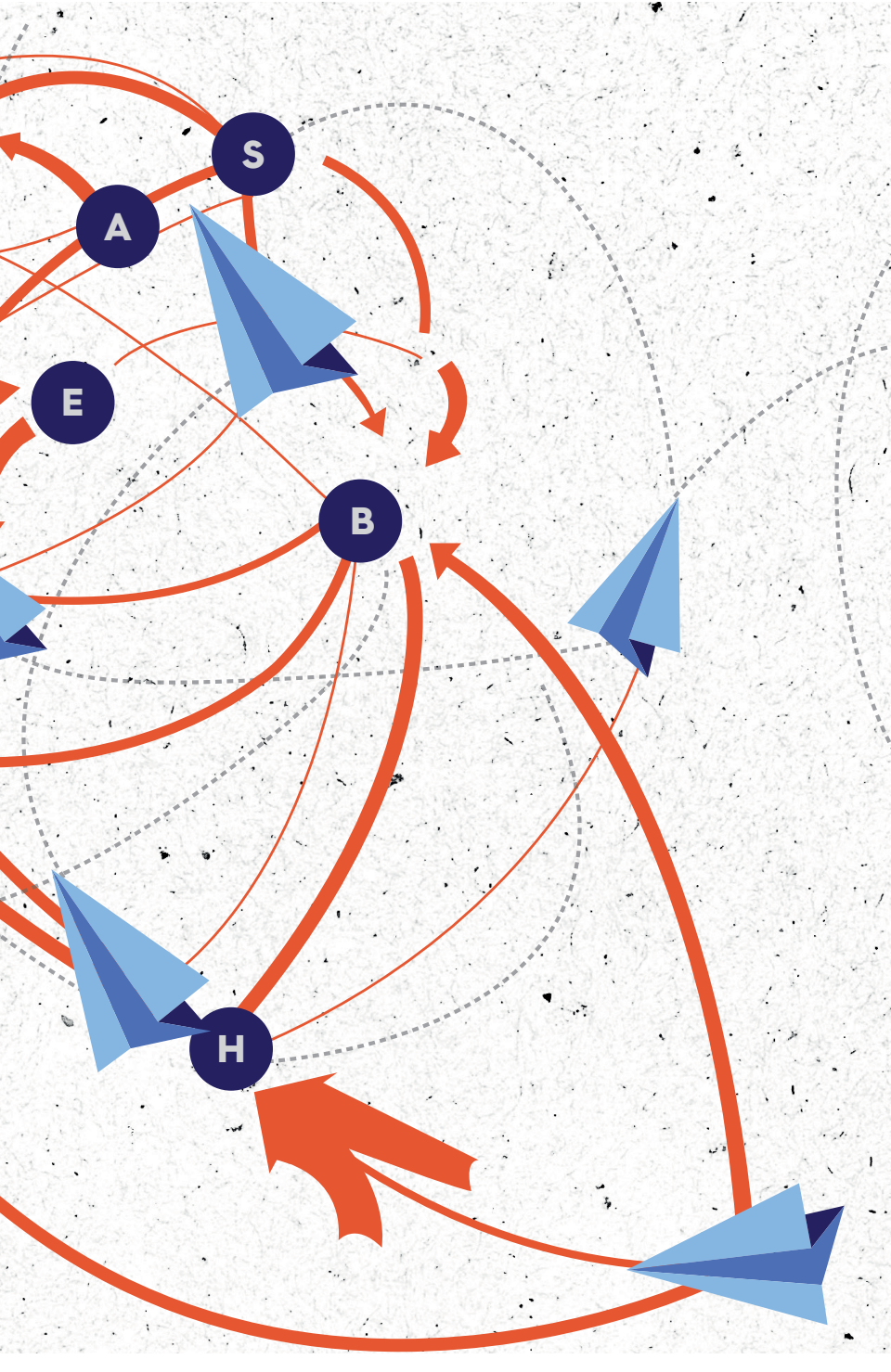
[10] Es estudiante de la carrera de Medicina. Desde los 15 años se embarcó en el mundo de la creación literaria. En 2020 empezó a pulir sus habilidades en la escritura y espera, en algún futuro, poder publicar el resto de sus escritos.

¿Tan taciturna he de encontrarme?
Mi alma, mente y pensamientos
los comparé con el impecable cielo
que mis ojos divagaron a apreciar.
¿Poseen acaso sentido mis divagaciones?

Llegamos todos al punto sumo
en que solo hay carencia de él.



CONEXIONES NARRATIVAS


S
A
E
B
H

Me tocó un muerto

Eduin Castro[11]

05:48 p. m.

Creo que dejé las luces encendidas. Entro a mi apartamento. Mis gatos me ven con nostalgia y hambre, maullando hasta que llevo comida a sus platos. Me recuesto un momento y miro al techo. La luz es blanca y nubla mi vista.

06:26 p. m.

Suena el teléfono. «¿Puedo quedarme a dormir hoy?». Escucho tu voz, mientras afirmo sin mucho deseo. Llegas y me abrazas, como si omitieras la historia

[11] Estudiante de las carreras de Lenguas Extranjeras con Orientación en Francés y Letras con Orientación en Lingüística. Amante de la literatura y de la enseñanza de idiomas. Elegido en el programa de asistente de lengua española en Francia (2023-2024). Miembro de la primera edición del Club de Lectura de la Editorial Universitaria.

oscura. Te veo y me ves. Luego corro a la cocina a prepararte algo para saciar tu voraz apetito. Te quedas escuchando desde la sala. Simple, normal y aburrido, pero de alguna manera necesario. Comes como si nunca hubieras tenido un bocado en tu boca. Me pides agua y te la llevo. Toco tu mano helada y pálida. No recordaba que estabas muerto.

10:56 p. m.

Llega la noche y te desvistes hasta quedar en ropa interior. Me abrazas y me tocas de pies a cabeza. Obligo a mi cuerpo a ser íntimo en tu frialdad. Cuando acabas, intentas dormir mientras las lágrimas caen de mi rostro inundado. Me golpeas con una fuerza tal, que llego hasta la pared donde recibo otras tres bofetadas. La sangre cae de mi nariz y mi brazo comienza a volverse morado, como petunia marchita.

08:37 p. m.

Amanece. Me lavo la cara. En la universidad, mis amigos preguntan «¿qué te pasó?». Respondo en modo burlesco: «No sé. Me tocó un muerto».

Visita del fénix sombra

Shirley Mejía[12]

Ese día andaba de visita en casa de mis tíos. Mi mamá y la viuda de uno de sus primos tenían una conversación normal, donde doña Camila le contaba: «lo engañaron y lo buscaron para pegarle dos tiros, y así lo mataron. Ya días veníamos sintiendo las miradas cargadas de envidia. Ahora quedé viuda con mis tres hijos pequeños».

Luego, visitamos a mi tío Rubén, hermano del fallecido tío Patricio. Él era simpático, pero de muy pocas palabras. Había asesinado a siete individuos; no obstante, era una buena persona. Tenía sentido del humor y amaba muchísimo a su hijo pequeño, Tommy.

Días después de la muerte de su hermano, el tío Rubén llegó muy noche a su casa. Fue a descansar luego de una ardua tarea. Se hizo «famoso» en el

[12] Estudiante de la carrera de Lenguas Extranjeras.

periódico, aunque realmente para los demás su identidad fue desconocida. Solo su trabajo fue revelado. Asesinó a una familia entera; por el suelo quedaron desperdigados varios adultos y un niño. Rubén solo había ido en busca de los que le arrebataron a su hermano. Posteriormente, siguió tranquilo con su trabajo en la granja.

Pasó el tiempo, y ocho años más tarde llegó a visitarlo el *fénix sombra*, un ser del que se rumoreaba no tenía corazón. Nadie lo había visto nunca, mas hablaban mucho de él, por los *rastros* que dejaba. De repente elegía a un afortunado para revelársele y acariciarlo. Así fue como nos contaron que, una noche de esas, el afortunado fue el tío Rubén. Inmediatamente se le reconoció por los signos que le dejó el fénix. Con sus piecitos sobre una de las cercas de la granja, junto a una vaca dormida, el tío Rubén yacía, con su rostro más gordo y de color blanco amarillento, recostado sobre una pequeña laguna de sangre muy oscura. Seguramente al fénix no le gustaba el cabello del tío Rubén, ya que también lo había arrancado, dejándolo calvo. En definitiva, lo había acariciado con sus alas de fuego.

Hechos de un buen ciudadano (parte III)

Luis Estrada[13]

Me sentí tan pleno por mi acto de altruismo con los desamparados, y por darles un final digno a los cadáveres, que percibí la necesidad de repetirlo. Esta vez ya no me llegaban tantos cadáveres como antes, pues, gracias a la divulgación de mis actos, se había popularizado la idea sobre qué hacer cuando te encontrabas con uno por ahí, perdido en algún rincón de tu casa.

Ahora pienso que puedo darles un mejor uso, ayudando a otros, y no desperdiciándolos, metiéndolos en una caja a dos metros bajo tierra, como lo ha hecho siempre nuestra insensata especie. Puedo hacer feliz a muchos indigentes y ancianos. Mis intenciones son siempre buenas. He decidido hacer más que quedarme lamentando.

[13] Estudiante de la carrera de Ingeniería Civil.

Me di a la tarea de buscarlos yo mismo, iniciando por recuperar a Lívida, ya que, después de todo, me pertenece: apareció en mi casa, me eligió a mí entre miles de personas en la ciudad. Me prometí solo hacer esto con quienes no encontraban una familia, con quienes, aun después de morir, seguían siendo huérfanos. Antes de ser filántropo y buen ciudadano, he de tener honor y principios.

Así fue como esa misma noche me dispuse a realizar la exhumación en el viejo cementerio de la ciudad. Sabía que sería difícil, puesto que el ataúd estaría sellado tras el engaño de aquel hombre a su familia. A eso se debía sumar que ya habían pasado unos días. El terreno ya habría comenzado a compactarse, pero el sentimiento de hacer el bien superó cualquier obstáculo.

Al cabo de un par de horas, logré el objetivo: nuevamente tenía el cadáver en mis manos, aunque ya no tan fresco como antes, pero nada que una buena salsa con los tomates cultivados en mi jardín no solucionase.

Esa misma mañana, cada indigente de la ciudad tuvo un desayuno. Me sentí orgulloso y satisfecho por mis actos, deseando repetir el suceso cada que me fuera posible.

El lobo de los ojos pardos

Wendy Venegas[14]

Me mudé a las afueras de la ciudad. Quería vivir en silencio. Disfrutar de la naturaleza. Experimentar esa dosis de paz y plenitud que tu cuerpo y mente necesitan. Eso es lo que recomendaba, al menos, esa revista *mindfulness* que tan vorazmente leí. Y aquí estoy, en una casa de madera, con frío, y con los mosquitos de mierda.

Al principio pensé que huir del ruido que me hacía gritar y palpitar con frenesí el corazón me ayudaría a que esto parara; pero nada de nada. Esto me pasa solo a mí, por no leer las letras pequeñas que decían: «solo funciona para gente que tiene billete y todo en su alacena». Ahora estoy a la mitad de un bosque, sin oportunidad de huir del lobo negro de ojos pardos.

[14] Estudiante de la carrera de Derecho.

Estoy en medio, de pie, en la sala improvisada, girando en círculos. Sé que está cerca, lo siento en todo mi cuerpo. Todo en mí se paraliza cuando, de repente, golpean fuerte a mi puerta.

No quiero abrir, me niego a enfrentarme a ese lobo negro de ojos pardos otra vez. Cuando voy decidida a refugiarme en la esquina opuesta a la puerta, escucho que alguien llama. Es la voz de una mujer. Delicada y a la vez agradable. Doy media vuelta y abro la puerta sin vacilar. Me pregunto qué tiene esta voz que hace que vuelva a respirar.

Cuando abro, me doy cuenta de que era el lobo en forma de una mujer de buen vestir. Me ha encontrado. Se abalanzó hacia mí y me dijo al oído: «no hay un lugar en que no te pueda encontrar».

El lago y la ropa

José San Martín[15]

De vez en cuando, la señora de faldas largas y cabello suelto solía ir a lavar sus prendas y las de sus familiares a las orillas del lago. Ese era su escape favorito. El paisaje de fondo y los sonidos de los alrededores le bridaban una distracción de todas las actividades que debía realizar. Su amigo el cocodrilo, que desde hacía tiempo le había jurado que no se la iba a comer, llegaba para platicar, mientras ella lavaba la ropa. Constantemente, el cocodrilo la invitaba a entrar al agua para refrescarse después de un día ajetreado; pero la señora siempre se negaba y le decía: «Solo lavo la ropa y me voy».

Pasó tanto tiempo y tanta ropa fue lavada, que cada vez que ella se acercaba a la orilla del lago era imposible no ver al cocodrilo como complemento perfecto del paisaje. Se había convertido en un amigo y

[15] Estudiante de la carrera de Ingeniería Química.

para ella era difícil no platicar con él. Después de un huracán en la región, el cocodrilo no volvió a aparecer. Se temía que le hubiese pasado lo peor. Para la mujer de faldas largas y cabello suelto, lavar la ropa ya no era como antes. Un día, ella se dispuso a lavar las botas de su esposo, ya sin la esperanza de ver al cocodrilo nuevamente. Pero de repente, el cocodrilo apareció y, sin decir palabra, rompió su promesa.

Órganos holgazanes

Reynaldo Arias[16]

Solía tener un diario en el que escribía, no las cosas que me pasaban a mí, sino las cosas que hacía Aby, aquí en mi cuerpo, en mis órganos.

Aby fue mi amiga. Nunca pude saber su apariencia. Siempre que tocaba el asunto, me hablaba de otras cosas. Me pasaba los días enteros esperando y esperando a que mi amiga viniera a mis oídos a relatarme las cosas que hacía para que mis órganos holgazanes cumplieran su función de mantener este cuerpo con sangre fluyendo, oxígeno llegando hasta los pulmones, luz entrando por los iris de mis ojos y heces aflorando por el recto.

Cuando había días malos, la notaba cansada de su trabajo, como el noventa por ciento de las personas que ejercen profesiones sin vocación alguna. Siempre traté de darle ánimos, diciéndole que mi vida

[16] Estudiante de la carrera de Ingeniería Industrial.

dependía de ella, aun sabiendo que, cada día que pasaba, la muerte se acercaba a mí cada vez más. Este argumento perdía validez conforme pasaba el tiempo, por lo que decidí anotar todo lo que Aby me contaba cuando venía por las noches y se posaba en mi sentido auditivo a relatarme cómo había persuadido a mis piernas para que no dejasen de superponerse una delante de la otra cada vez que yo precisaba dar un solo paso. También me contaba la manera en que, a veces, las células se tornaban malignas e intentaban multiplicarse, y cómo ella, antes de que el cáncer apareciera, las mataba. E igual que esta, me relataba otro gran número de batallas que libraba para que yo siguiera viviendo.

Me sentía más una carga que un amigo para ese ser diminuto, que ni siquiera sabía si era real. Paulatinamente, me fui volviendo indiferente con Aby. Yo tenía la certeza de que ella hacía todo por mí y que nunca dejaría de hacerlo. ¡Cuán equivocado estaba!

Un día, de pronto, sentí que me faltaba la respiración. Se me nubló la vista y el corazón me palpitaba rápido. En ese momento decidí darme por vencido y entregarme en las manos de la muerte, pero mi amiga solo quería recordarme que, sin sus cuidados, yo no seguiría viviendo. Esa noche y el resto de la semana no pude escribir nada, porque Aby ya no venía a mis oídos. Ella estaba molesta conmigo. La soledad embargó mi cuarto y eso me permitió reflexionar. Decidí

escribir unas palabras que le produjeran asco y repulsión a Aby, de tal manera que cuando ella lo leyera se sintiera obligada a abandonar a este vejestorio y buscar un cuerpo nuevo, uno menos problemático.

Lo logré. Estoy muy contento por ella. Sé que ahora estará orquestando el funcionamiento de otros órganos, de otras células, de otra vida. Yo no tengo garantía de poder pasar más de dos días sin ella, sin embargo, me alienta pensar que ya no seré una carga para Aby. Ahora seré una carga para la muerte. Espero que también podamos ser buenos amigos.

Carta atemporal

Fernando Oyuela[17]

No sé cuándo recibí mi primera carta. Es difícil saberlo, pues ya no usamos calendarios. El tiempo ya no se cuenta como antes. Recibir la carta es lo primero que recuerdo, y aunque tengo la certeza de que he vivido cientos de años, mi memoria no preservó nada en particular antes de ese sobre que decía: «Hola, no te asustes, soy yo. Sé que estás bien. Escribí esta carta porque últimamente tengo problemas con mi memoria y estoy probando nuevos métodos».

Ahora todo es superficial. Ya no hay metas ni logros desde que los gobiernos decidieron el plan de convivencia ciudadana. Todo siguió con aparente normalidad: los autos, el tráfico, las luces, las fábricas,

[17]Estudiante de la carrera de Ingeniería Mecánica. Curioso lector de ciencia ficción y escritor novato que presenta su primer trabajo literario inspirado en un mundo distópico.

las llamadas, los trabajos, las escuelas; y aunque ya nadie usa el correo postal, este sigue funcionando. Nunca había recibido una carta, por lo que recibir una me sorprendió mucho. Sabía lo que era, pero no exactamente cómo debía ser...

Desde entonces he recibido noventa y tres, siempre con la misma letra y sin firma. Yo les pongo un número y las guardo en mi viejo armario. Recuerdo varias, entre ellas la dieciséis: «Compra un lindo vestido para tu hija menor. Cumplirá nueve años pasado mañana»; la veinte: «La fiesta fue un éxito. Creo que todo esto está funcionando»; la treinta: «Amo tanto a mi esposa»; o la treinta y seis: «La contraseña es 123456789».

Desde que descubrimos la eterna juventud, rompimos el mundo, destruimos la realidad y ya no hay marcha atrás. Por este pecado, la culpa cayó sobre nuestros hombros. La vida no existe sin la muerte: sin darnos cuenta, en la inmensidad del universo nuestra eterna existencia perdió el sentido. Muchos empezaron a olvidar su identidad, pues su vida se había prolongado tanto que se diluyó en el espacio. Olvidar era la nueva forma de morir.

Interrogué al cartero, pues quería saber quién me enviaba esos mensajes, de dónde y por qué; pero el señor simplemente repuso: «Están programadas. No lo sé. Solo las entrego».

Muy pronto comprendí que los mensajes eran señales de terribles secretos. Sin embargo, no me

servían de nada. Las advertencias no tenían efecto. Yo no tenía hija ni esposa, no obstante, negarme a leerlas era imposible; su contenido me revelaba una realidad nueva y revolucionaria. Gracias a ellas comprendí que el tiempo alguna vez se midió en segundos, horas, días, meses y años. El conocimiento de ese mundo era lo único que me entretenía.

Ahora no puedo dormir. El cartero no ha vuelto más. Hace un mes que recibí la carta noventa y tres. No sé qué pensar. Las cartas son cada vez más extrañas, ininteligibles. Los mensajes parecen códigos o anagramas. «Descubrí un tesoro. Ten cuidado. Recuerda su escondite». «Creo que me vigilan». «Ya no puedo escribir, se acaba el papel». «Por favor, recuerda». «El mundo está por cambiar». Me siento solo de nuevo, y me temo que comienzo a olvidar: por eso escribo esta carta. Al ver mi letra después de tanto tiempo escondida en la pluma, en mi mano y mi memoria, se me hace familiar: siempre fui yo.

Debes encontrar el tiempo, aunque este impida tus recuerdos y su descubrimiento. Encuentra la forma, aunque sientas que, conforme te acercas a la verdad, caes en la cuenta de que estás en la infinidad. Por favor, lee al revés todo de nuevo, y donde quieras que busques, ahí estaremos, esperando.

ÍNDICE

Despegue 11

El arte de mediar la lectura 13
Dilia Martínez

Primera estación 21

Tejiendo convivencias literarias: de la participación a la coordinación en el Club de Lectura de la Editorial Universitaria 23
Amy Paredes

Aprendiendo a dejar de leer en soledad 28
Emmanuel Silva

Viajes literarios 39

Entre el dolor y la ternura: una planta de naranja lima 43
Nidia Acosta

De lo grotesco a lo reflexivo: un análisis metafórico de la sociedad a través de la narrativa de Claudia Hernández 51
Luis Estrada

El claroscuro en *Los pobres*, de Roberto Sosa 59
Cristhian Valladares

Las voces de los libros quemados 69
Rocío Mejía

Un legado con sabor a tinta 77
Ester Ruiz

El pasado, el futuro y los clones 85
Madelin Castellanos

Itinerario poético 91

Sentido 93
Andrea Posadas

Conexiones narrativas 95

Me tocó un muerto 97
Eduin Castro

Visita del fénix sombra 99
Shirley Mejía

Hechos de un buen ciudadano (parte III) 101
Luis Estrada

El lobo de los ojos pardos 103
Wendy Venegas

El lago y la ropa 105
José San Martín

Órganos holgazanes 107
Reynaldo Arias

Carta atemporal 110
Fernando Oyuela

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE HONDURAS

Rector: Odir Aarón Fernández Flores.
Vicerrectora académica: Lourdes Rosario Murcia Carbajal.

EDITORIAL UNIVERSITARIA

Director: Carlos Ordóñez. *Editora jefa:* Dilia Martínez. *Corrección de estilo:* Amy Paredes y César Gómez. *Diseño de portada, ilustraciones y diagramación:* Daniela Lozano. *Fotografía de la solapa:* Abel Alemán.

Primera edición, noviembre de 2025. Ciudad Universitaria, Tegucigalpa, Honduras, Centroamérica. Teléfono: (504) 2216-5100 | ext. 100351

editorial.univ@unah.edu.hn

e-ISBN: 978-99979-75-31-7

Queda rigurosamente prohibida, bajo las sanciones establecidas en las convenciones internacionales y leyes nacionales, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio, incluyendo la reprografía y el tratamiento informático, sin la autorización escrita de la Editorial UNAH.



Añoraba compañía en las lecturas, compañía de carne y hueso. Entonces fue cuando encontré *una patria,* algo real, palpable y totalmente propio del mundo fuera de mí, una tierra llena de oídos esperando para escuchar y bocas listas para dialogar. Yo antes era un nómada, oscilaba de sitio en sitio, se me veía por el este buscando oídos, por el sur con mis acompañantes sordos, por una infinidad de carreteras, siempre llevando mis tomos de soledad. Llevaba años enfrascado en aquella empresa de literatura y soledad, hasta que llegué a la entrada de aquella *patria*. Entré, caminé y, con cada paso, me sentía más parte de aquel lugar.

Cuando escribo sobre esta *patria,* me refiero a la primera edición del Club de Lectura de la Editorial Universitaria. Para mí, este club fue como encontrar —ya lo dije— un hogar, una patria; era la representación de aquel ferviente deseo de encontrar un lugar del cual me sintiera miembro.

Emmanuel Silva

U BIBLIOMANÍA 1

www.editorial.unah.edu.hn

VRA Vicerrectoría Académica

UNAH UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE HONDURAS